La sombra protectora

Fran Laviada

Título original de la obra: La sombra protectora

Nombre del autor: Fran Laviada

© 2021 Francisco Álvarez Arias.

Todos los derechos reservados.

www.franlaviada.com

franlaviada@hotmail.com

Oviedo (España).

Portada: Diseño del autor.

Imágen: Stock Snap (Pixabay).

1ª edición: enero 2021

Obra registrada en Safe Creative (1802015657410)

ISBN: 979-8599356295

El copyright es propiedad exclusiva del autor y por lo tanto no se permite su reproducción, copiado ni distribución, ya sea con fines comerciales o sin ánimo de lucro.

La sombra protectora

Fran Laviada

Nota del Autor

Amigo lector:

Para que tengas una información más detallada sobre el libro que vas a comenzar a leer, quería decirte que cada parte del mismo tiene un origen y unas fuentes de inspiración diferentes.

La primera está basada en hechos reales, sacados de las noticias publicadas en la prensa de la época a la que se refieren los sucesos descritos, pero siempre supeditados al contenido de ficción de la obra, por ese motivo y al no ser su objetivo específico, narrar hechos históricos con la rigurosidad que tales acontecimientos exigen (excepto en lo que se refiere al apartado de *Casas Encantadas*, donde el texto se ciñe a lo acontecido en realidad), se ha dejado, por parte del autor, un amplio margen a la capacidad creativa, incidiendo de manera especial en el género fantástico y de terror, que junto a otros contenidos se incluyen en esta novela.

Aparte, existen otros añadidos que se han realizado para completar la trama argumental y establecer un hilo conductor, para darle la coherencia narrativa necesaria al texto escrito.

En cuanto a la segunda parte, está inspirada en el relato corto titulado *Casa en alquiler*, publicado en el año 1838, cuyo autor fue el famoso escritor irlandés de cuentos y novelas de misterio, Sheridan Le Fanu (1814-1873).

Del relato indicado se ha hecho una versión libre, adaptando personajes y situaciones a partir de los años ochenta, que es el periodo en el que se desarrolla la novela, hasta la actualidad, au-

mentando de manera considerable la extensión del contenido respecto al original.

En la tercera parte y última, aparecen los principales protagonistas viviendo diversas historias, con la ficción como principal argumento, pero supeditados en gran medida a los hechos relatados en las dos partes anteriores, aunque todos ellos van aportando detalles más o menos amplios, que permiten desarrollar un conocimiento más exhaustivo de su forma de ser, que define la identidad propia de cada uno y, de este modo, completa el envoltorio que encierra todo el contenido de la obra.

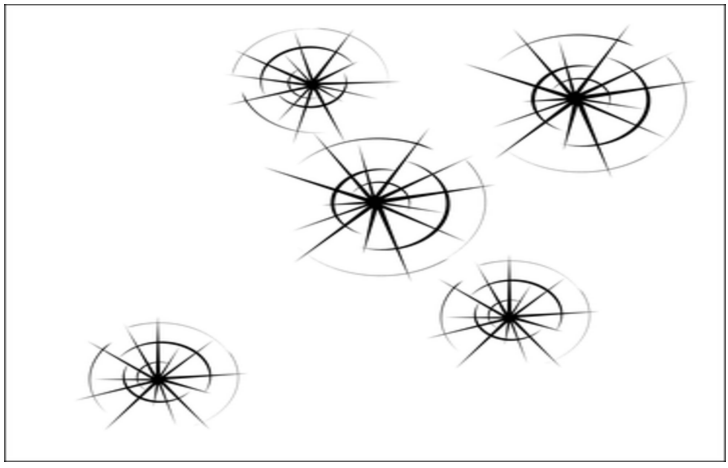
Todos los personajes que aparecen en el libro son fruto de la imaginación del autor, y cualquier semejanza con personas reales es pura coincidencia.

En lo que hace referencia a los nombres de las localidades, direcciones, y otras denominaciones que aparecen en el texto, se han mantenido los auténticos (excepto en el nombre de Montevilla del Mar, que es inventado).

Espero que disfrutes con la lectura de esta obra, y aprovecho la ocasión para agradecerte, sinceramente, que te hayas interesado por ella.

Fran Laviada

“El criminal no consiguió su objetivo, ya que su mala puntería evitó que los disparos realizados acabaran con la vida de un ser humano.
La pared de la vivienda ejerció en ese momento de involuntario, a la vez que milagroso, chaleco antibalas. Sin embargo, los proyectiles con intención asesina dejaron su huella indeleble en la fachada principal del edificio, para recordar invariablemente que la eliminación física de una persona es el único recurso que utilizan los intolerantes que quieren imponer siempre sus ideas con la fuerza de las armas”.



En medio del asunto...

Era la época en la que mi descanso nocturno volvió a sufrir alteraciones y comencé a soñar con el terrorismo, alimentando mis pesadillas con el malsano combustible que me aportaba toda la información generada en mi trabajo periodístico. Por eso, no tenía nada de extraño que mi descanso nocturno se viera alterado con frecuencia por cierto tipo de alucinaciones, que hacían acto de presencia en mi mente, formando una abundante mezcolanza de imágenes, en las que siempre aparecían explosiones y disparos, alborotos y gritos.

Las pesadillas son más atroces cuando se muestran más reales, y las mías se cocinaban a fuego lento en mi intelecto, para destaparse en forma de diapositivas encadenadas y proyectadas desde un reflector del espanto.

Las imágenes me ofrecían, de manera inclemente, un testimonio de dolor convertido en carnaval dantesco y sangriento, que lo envolvía todo en un ritual macabro, en el que la danza de la muerte se manifestaba en forma de cuerpos descuartizados y cabezas separadas de sus torsos, cuyas formas parecían tener vida propia, pues deambulan erráticas flotando en el aire, como aves tenebrosas con plumaje sanguinolento…

Muchas veces, el poder creativo de la mente se inclina hacia su lado más lóbrego, para entrar en un túnel interminable que cada vez se va oscureciendo más, hasta que se hace completamente negro porque el cerebro es capaz de sobrepasar los límites de la realidad, por muy cruel y criminal que esta se muestre y, en definitiva, el ser humano al final se acaba convirtiendo en el resultado de lo que le aporta su

nutrición física y emocional. Por eso, es absolutamente cierto eso que dice «de que somos lo que comemos», y en mi caso particular creo que a veces me he empachado de atrocidad…

Muerte, no te enorgullezcas, aunque algunos te hayan llamado poderosa y terrible, no lo eres;
porque aquellos a quienes crees poder derribar
no mueren, pobre Muerte.
Y tampoco puedes matarme a mí.
El reposo y el sueño, que podrían ser casi tu imagen,
brindan placer, y mayor placer debe provenir de ti,
y nuestros mejores hombres se van pronto contigo,
¡descanso de sus huesos y liberación de sus almas!
Eres esclava del destino, del azar, de los reyes y de los desesperados, y moras con el veneno, la guerra y la enfermedad; y la amapola o los hechizos pueden adormecernos tan bien como tú golpe y mejor aún.
¿Por qué te muestras tan engreída, entonces?
Después de un breve sueño, despertaremos eternamente
y la Muerte ya no existirá. ¡Muerte, tú morirás!

Muerte no te enorgullezcas
John Donne (1572-1631)

Primera Parte

1
El Niño

Año 1971

Nunca sabes las sorpresas que la vida te puede deparar. A mí me dio una enorme y terrible (aunque, por desgracia, no fue la única), ya que cuando tan solo tenía diez años me quedé huérfano y al cuidado de mis abuelos paternos, que eran la única familia que tenía. Mis abuelos maternos fallecieron antes de que yo naciera. Habían adoptado a mi madre, que también se había quedado huérfana siendo muy niña, y lo hicieron a una edad avanzada, así que cuando yo llegué, ellos ya no estaban, y aunque hubiesen seguido vivos eran demasiado mayores para hacerse cargo de un niño.

Y a partir de ahí, esta es mi historia.

Mis padres murieron en una maldita carretera, víctimas de un desgraciado accidente de circulación, cuando un camionero que conducía bajo los efectos del alcohol realizó un adelantamiento temerario, invadiendo el carril contrario, llevándose por delante el automóvil en el que ellos viajaban tan tranquilos, sin saber que en una curva mortal iban a dejar sus vidas.

Muchas veces he pensado que, si el choque hubiese sido entre dos vehículos similares, quizá mis padres se habrían salvado, aunque al final siempre llego a la misma conclusión: cuando el destino dicta su sentencia, no hay nada que hacer.

El impacto contra el enorme camión fue brutal, y por suerte ambos murieron en el acto. Ya que sus cuerpos quedaron deshechos por completo, repartidos entre un amasijo de chatarra y prácticamente

irreconocibles, el mal trago que tuvieron que pasar mis abuelos para identificar los cadáveres fue una imagen sobrecogedora que les marcó de por vida (¡pobres viejos!), y además de la irreparable pérdida tuvieron que hacerse cargo de mí. No había más familia, aunque sé de sobra que ellos se habrían quedado en cualquier circunstancia conmigo, aunque hubiese habido más parientes dispuestos a acogerme, pues tenían por mí un cariño inmenso, y por nada del mundo habrían permitido que la responsabilidad de mi cuidado recayera en otras manos que no fueran las suyas.

El camionero criminal era reincidente en cuanto al hecho de conducir con sus capacidades mermadas por la ingestión etílica, pero la ley, muchas veces, tiene rendijas por las que se cuelan los abogados sin escrúpulos, para vulnerarla a cambio de una buena minuta. Por eso, la legalidad se convierte en lo contrario de lo que pretende defender, y en vez de proteger a las víctimas se pone del lado opuesto, ese que, de forma tan injusta, da cobijo a los victimarios, como el chófer borracho, quien a pesar de su historial seguía conduciendo. Un trabajo que lo transformó en un auténtico asesino de la autopista, y la prueba terrible de aquello, fueron mis padres.

Papá y mamá se fueron, me dejaron para siempre, y mi pequeño corazón de niño abandonado tardó bastante en acostumbrarse a vivir sin ellos. Tuvo que pasar mucho tiempo para que pudiera recuperar mi vida normal, pero transcurrió bastante menos para que, quien mató a mis padres, cumpliera la pena de varios años de cárcel a la que fue condenado, y que gracias a la reducción por buena conducta (de nuevo la ley, poniéndose del lado del verdugo), hizo que el individuo que me dejó huérfano saliera a la calle mucho antes de lo previsto.

Solo supe su nombre y apellidos, que quedaron grabados en mi cabeza para siempre: Txomin Goicoechea Zarraskin, el asesino de mis padres y un individuo del que no quería ni oír hablar durante el resto de mi vida (por desgracia, no fue así), y tan solo deseando en lo referente a él que no siguiera mezclando su afición por la bebida con la conducción de ninguna clase de vehículos, para no aumentar la lista

de muertes que pesaban sobre su conciencia, si es que la tenía, y también para que nadie, mucho menos otros niños, tuviesen que pasar por una experiencia tan trágica como la que yo había tenido que vivir.

* * *

A pesar del tiempo transcurrido, parece que fue ayer cuando mis padres me dejaron para siempre, y por desgracia ya casi ni me acuerdo de sus caras reales, aunque me esfuerzo al máximo para exprimir mi memoria y tratar de construir una representación en vivo de ellos. Tan solo recupero sus rostros auténticos (los demás están en mi imaginación, inevitablemente deformada, a medida que van pasando los años) cuando miro viejas fotos, algo muy poco habitual, ya que retornar al pasado me lleva sin remedio por el camino de la tristeza y me hace volver a recordar, sin remedio, una amarga sensación de desamparo total que viví en aquellos tiempos en los que mi niñez se hizo pedazos, desintegrándose como un jarrón de porcelana que se estrella contra el suelo. Fue una dura prueba, que me costó superar para seguir hacia adelante a pesar del cariño enorme que me regalaron mis abuelos (que tampoco están ya conmigo, por eso la pena que me trae la evocación es doble), para ayudarme a superar mi tragedia y convertirme en lo que ahora soy: un adulto preparado para afrontar la vida (gracias sobre todo a ellos), que vive de su trabajo (cuando lo hay) y que intenta abrirse camino en la jungla de la existencia, procurando siempre vivir cada día con esperanza, superando la adversidad, un obstáculo que es inevitable que aparezca a lo largo del camino, algo que no es ajeno en la cotidiana realidad del ser humano.

Los abuelos hicieron mi vida más feliz, y si no hubiera sido por ellos lo más probable habría sido que hubiese vivido en un orfanato hasta mi mayoría de edad. Pero ellos estaban ahí, para protegerme, velar por mi educación y sobre todo para desempeñar la complicada labor de ejercer de padres auxiliares, tratando de borrar el recuerdo negro de la tragedia que me impactó durante la infancia, algo que el

tiempo fue eliminando, pero que es una mancha que uno lleva tan grabada en su interior, tanto en el corazón como en el alma, que es complicado conseguir que desaparezca para siempre. Aunque se haga todo lo posible para frotar sin descanso con el blanqueador emocional de la positividad. Por eso creo que, desde que mis padres se murieron, hay una parte de mí que se fue con ellos. Siempre tuve la sensación desde que sucedió la tragedia de que estoy solo en el mundo. Al menos hay un pedazo de mi ser, que no sabría describir, que sí lo está, aunque, insisto, valorando en todo momento el gran esfuerzo que mis abuelos hicieron para que siguiera con mi vida de la manera más feliz posible.

Que muchas veces me sienta muy solo, sobre todo en determinados momentos en los que la adversidad me acecha hasta llegar a apretarme en exceso, no impide que la experiencia trágica vivida y lo que se ha derivado de ella me haya hecho mucho más fuerte en todos los sentidos, sobre todo a nivel anímico, algo muy importante para alguien como yo, a quien la vida no ha dejado de darle sustos desde aquel día fatídico y cruel (cuya fecha jamás podré borrar de mi memoria, por mucho que lo intente), en el que un maldito camionero irresponsable y ebrio se atravesó en el camino de un matrimonio joven y lleno de vida. Dos extraordinarias personas (para mí, sin duda lo eran), que dejaron huérfano y muy a su pesar (aunque dada la rapidez con la que perdieron la vida, seguro que no tuvieron tiempo de pensar en ello) porque era sin duda lo que más querían, a su hijo: yo.

Siempre, como no puede ser de otra forma, estaré agradecido a mis abuelos por todo lo que hicieron por mí, y tengo en todo momento su recuerdo presente en mi memoria. Tuvieron que hacerse cargo de un niño, una carga sin duda pesada en exceso para unas personas ya mayores que, no obstante, supieron afrontar en todo momento y con la suficiente entereza su desgracia familiar, como solo puede hacerlo la gente buena, compasiva y generosa.

Ambos ya habían cumplido los setenta años, y cuando les llegó el momento de disfrutar de una bien merecida jubilación, ganada a

pulso después de muchos años de trabajo (su situación económica era buena para un matrimonio de sus características, ya que eran personas austeras, ajenas a cualquier tipo de lujo, aunque fuera moderado, y por eso sus necesidades básicas estaban de sobra cubiertas), pero inesperadamente llegué yo, y se hicieron cargo de mí. Les fastidié sin querer su tranquilidad (como mal menor, la recorté) en la última etapa de su vida, aunque en la medida de mis posibilidades, condicionadas en gran parte por las limitaciones propias de la edad (la ingenuidad y la inexperiencia en particular), para tener un conocimiento profundo de la realidad, traté de que mi comportamiento fuera lo más correcto posible (aunque reconozco que siempre fui un niño muy inquieto y bastante travieso, y hay cosas inherentes a la infancia, que es imposible dejar a un lado), para no complicarles la vida a aquellos bondadosos ancianos, que se habían adjudicado la responsabilidad de ejercer como mis nuevos padres, algo para lo que también se necesitaba una energía extra, que a ellos ya les pillaba en una edad en la que el combustible vital ya comienza a escasear, aunque gozaban, por suerte, de una salud envidiable.

Delante de mis abuelos siempre hice lo posible para aparentar felicidad; algo que a veces no existía, pues la tristeza me embargaba (el recuerdo de mis padres pesaba la suyo, y en ocasiones era un carga excesiva para que un niño se la pudiera echar a la espalda sin que esta se doblara), aunque siempre se me dio muy bien disimular, y eso hice (por lo menos lo intenté) para evitarles a mis padres adoptivos un innecesario, a la vez que dañino, plus de sufrimiento, algo que he procurado hacer extensivo al prójimo en general y a lo largo de mi vida, aunque no siempre lo he conseguido, a pesar de que tengo muy claro, que en la medida de lo posible hay que intentar por todos los medios no transmitirles a los demás (especialmente a los más cercanos, que son los que más se contaminan con nuestra negatividad, ya que es de sobra conocido que los humanos venimos al mundo con muchos defectos de fábrica, unos más que otros, aunque el modelo perfecto no existe) mi energía perniciosa.

¡Gracias, abuelos! Me habéis ayudado a ser un superviviente, a no rendirme nunca, a seguir adelante superando los obstáculos que la vida me ha puesto, y eso que algunos han sido demasiado altos. Por eso, os tengo en todo momento presentes en mi recuerdo, ¡y siempre habrá un sitio para vosotros en mí corazón, junto a mis padres!

* * *

Y hablando de mi niñez (cortada de cuajo, al menos en parte), siempre me resultó curioso comprobar que, casi el único recuerdo que conservo del poco tiempo de vida que compartí con mis padres (todos los demás, prácticamente se han borrado por completo de mi memoria, y no sé si es debido a que el destino, de forma bondadosa, quiso aminorar el efecto negativo de mi orfandad, para evitar que el exceso de recuerdos me hiciera sufrir más de la cuenta), se remonta a cuando yo tenía tan solo seis o siete años y esperaba con impaciencia la llegada del domingo, cuando después de salir de misa de doce (actividad que me resultaba bastante tediosa, dicho sea de paso, y que dada mi edad era de lo más normal, sobre todo en alguien tan inquieto como yo, que no podía aguantar parado más de cinco minutos) nos íbamos a pasear por el parque la familia al completo, es decir, los tres juntos como los tres mosqueteros (aunque cambiando el lema de la obra de Alejandro Dumas, que era «Todos para uno y uno para todos», ya que en nuestro particular trío era más bien «Todo para uno», puesto que yo acaparaba toda la atención, algo que no tenía nada de extraño cuando se es hijo único, además para siempre, pues creo sin temor a equivocarme que mis padres no tenían pensado aumentar la familia, conmigo ya tenían bastante para satisfacer sus instintos paternales, y dada mi exagerada vitalidad puede que tuvieran miedo tener otro hijo y que les saliera como yo, es decir, una especie de gemelo en cuanto a hiperactividad, lo que muy probablemente habría agotado todas sus reservas energéticas), para disfrutar de aquel revitalizador pulmón de oxígeno situado en el centro de la ciudad (una localidad no muy

grande y con un parque haciéndole juego en cuanto a tamaño), y que hoy por desgracia ha desaparecido, devorado por el tiburón capitalista del negocio inmobiliario que impide a los ciudadanos respirar mejor, pero que a los especuladores amantes del dinero ganado con facilidad, y a otros individuos desaprensivos, les llena con avaricia los bolsillos, para que sigan enriqueciéndose de forma inmoral, convertidos cada día que pasa en una lacra creciente que la sociedad moderna ha de soportar con paciencia (excesiva), hasta que la gente se canse, ya que nada es eterno, ni lo bueno, ni lo infame.

Me acuerdo con toda claridad, como si el tiempo se hubiese detenido en mi memoria, del trayecto que realizábamos. El recorrido era siempre el mismo, pero a mí nunca dejaba de sorprenderme, porque cada vez hacía un nuevo descubrimiento. Todo me llamaba la atención, pues mi curiosidad siempre permanecía activada para encontrarme con algo diferente: una flor, un árbol, una planta, o un animal del estanque, desde un pato o un ganso hasta un llamativo pavo real. Sin embargo, lo que esperaba siempre con ansiedad durante aquel recorrido era hacer un alto en el camino para ver a Pepe, el del quiosco (tan destartalado que era un milagro que llevara tantos años en pie), un pequeño y al mismo tiempo estrafalario tenderete, construido con un estilo artesanal (por decirlo de alguna forma), con cuatro chapas y un tejado de uralita, pintado en un llamativo color rojo, adornado con unos lunares negros de diferentes tamaños que le daba un toque de identidad propia caracterizado por la extravagancia, algo que, sin ningún género de dudas, hacía juego con la personalidad de su dueño, ya que Pepe era un tipo campechano, muy divertido, y toda una celebridad en el parque, que siempre atendía a todos sus clientes (en su mayoría niños como yo, que acudían entusiasmados a comprar a su quiosco) con una amplia sonrisa y a los que solía contar algunos de sus increíbles relatos. Pequeñas historias fantásticas que nos dejaban a todos estupefactos, y cuyo efecto en forma de imagen solíamos escenificar quedando con la boca abierta y con cara de tontos, puesta en escena por los que acudíamos a su

negocio (niños y también adultos que, incluso en el caso de algunos, todavía se quedaban más sorprendidos que los propios pequeños). Con lo cual, las evidentes habilidades narrativas que atesoraba Pepe se convertían en un espectáculo apto para todos los públicos.

Los *Pepelatos,* o relatos de Pepe, se habían convertido para mí en toda una fuente de diversión dominical impagable, casi a la altura de los programas de mi recién estrenado aparato de televisión, marca Inter, de lo mejor que se podía comprar en aquellos tiempos (todavía tengo fresco en mi memoria el recuerdo imborrable de aquella tarde de sábado cuando vi cómodamente sentado en el sofá de la sala de estar de mi casa mi primera serie emitida por la pequeña pantalla: *Viaje al fondo del mar*, las aventuras de la tripulación al mando del almirante Nelson, que se desarrollaban a bordo del submarino atómico Seaview, y en el que ocurrían toda una serie de historias en las que se mezclaban el género bélico y la ciencia ficción, con un variado desfile de todo tipo de personajes, como monstruos marinos, espías, extraterrestres, científicos locos…, que hacían las delicias de los televidentes infantiles de la época), y me entretenía con los ingeniosos cuentos del quiosquero, que casi siempre tenían un final distinto, para que los clientes asiduos como yo pudieran mantener la atención sin saber nunca cuál era el desenlace de las diferentes narraciones que Pepe contaba, aunque mejor sería decir interpretaba, pues el hombre demostraba un gran talento para transformarse en los distintos personajes (con el sorprendente cambio de voz), creando un sinfín de escenas y diálogos que protagonizaban cada relato, que siempre incluían su correspondiente moraleja, así que cada día me fui entusiasmando cada vez más con los siguientes personajes:

Trompy: *el elefante volador, que se podía transformar en un fantástico avión capaz de hacer todo tipo de piruetas en el aire, y que siempre estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitase. Por eso, cuando había un incendio, llenaba su enorme trompa de agua y acudía*

presto a sofocar las llamas, ejerciendo de apagafuegos con el potente chorro que salía de su poderosa nariz convertida en manguera.

***Coliflor**: la bruja que castigaba a los niños que no querían comerse las verduras, y por eso yo, cuando me tocaba comer brócoli, judías verdes o espinacas, no protestaba, aunque me dieran un poco de asco.*

***Blanquito**: el payaso de la sonrisa permanente, que provocaba carcajadas sin cesar a todos aquellos que acudían a verlo al Gran Circo de las ilusiones eternas, y a quienes decía que reír siempre era la mejor forma de combatir la tristeza.*

***Julius:** el profesor inteligente y divertido, que enseñaba a los niños a disfrutar con los números, inventando sencillos y a la vez divertidos juegos de cálculo, consiguiendo que todos sus alumnos aprendieran a sumar, restar, multiplicar y dividir, mientras se lo pasaban en grande.*

Yo, en mi ingenuidad infantil, pensaba que era lo único que se necesitaba saber relacionado con los números. Más tarde, la cruda realidad me dijo que la aritmética solo era una parte de las desagradables matemáticas, y que existían también diversos apartados como el álgebra, la geometría y otros, y que además de sumar, restar, multiplicar y dividir, había otras cosas como las raíces cuadradas, los logaritmos, las ecuaciones, el teorema de Pitágoras, y la Biblia en verso. Todo de muy difícil digestión, algo que con el tiempo fui descubriendo por desgracia, ya que alguien de letras como yo siempre estaba muy unido al calor creativo de la escritura y la palabra, pero muy alejado del mundo frío del cálculo y los números. Y con relación a ellos, siempre hubiera preferido quedarme, para siempre, en las clases del Profesor Julius.

Y continuando con los entrañables personajes creados por el hombre del quiosco, estaba también:

Don Saludtiano: *el médico sabio y bondadoso que siempre daba a los niños los mejores consejos de salud e higiene, y que continuamente insistía, entre otras muchas cosas, que antes de comer había que lavarse las manos bien a fondo, con agua y jabón, y que después de las comidas era obligatorio cepillarse los dientes correctamente. Y siempre insistía en que a los niños nunca deberían tener miedo los médicos, pues ellos no estaban para hacer daño; al contrario, su única misión era velar por su salud y curar sus enfermedades.*

Pepe, además entretenernos con sus historias, siempre intentaba incluir en la narración alguna enseñanza que nosotros asimilábamos de manera provechosa gracias al entusiasmo que nos generaba todo lo que estábamos escuchando, sobre todo por la forma que el narrador tenía de contar sus cuentos. Creo que ahí radicaba el secreto de su éxito con sus devotos seguidores infantiles. Estoy seguro de que las mismas o parecidas historias, contadas por otras personas, no hubieran causado el mismo impacto.

Con relación al último personaje mencionado, el doctor Saludtiano, recuerdo una simpática anécdota, ya que el dueño de la vieja tienda de ultramarinos cercana a mi casa, y en la que mi familia llevaba muchos años comprando, se llamaba Salustiano: un viejo entrañable, aunque un poco quisquilloso, al que yo llamaba Saludtiano porque así se llamaba el médico personaje de las historias de Pepe, y yo pensaba que ese era su nombre verdadero y no «Salustiano». Es decir, sustituía la ese por la de, y el hombre, como le gustaba sacarle punta a todo, siempre me insistía diciéndome:

—¡Niño, a ver si te enteras! No se dice «Saludtiano», ¡es «Salustiano»!

—¡Que no, que es «Saludtiano», como el médico de las historias que nos cuenta Pepe! —le respondía yo con la misma contundencia con la que él me indicaba lo contrario.

—Pero vamos a ver, Patxi: ¡ni Pepe, ni leches en vinagre! ¡No

puedes cambiar la ese por una de! ¿No será que tienes un defecto de pronunciación? —me insistía el viejo.

—¡Que no, otra vez Saludtiano! —le respondía yo, irritado y empezando a enfadarme con la cansina machaconería del tendero.

—Niño, tú pronuncias mal. Creo que tendrás que ir a un logopeda. A ver, repite las palabras que te voy a decir.

Él dijo: «asustado».

Yo dije: «asustado».

Él: «chamuscado».

Yo: «chamuscado».

Él: «rebuscado».

Yo: «rebuscado».

—¡Patxi, lo que me parece sorprendente es que, si no dices ni «asudtado», ni «chamudcado» ni «rebudcado», no llego a comprender por qué te empeñas en decir «Saludtiano»!

—Ya te lo dije: ¡porque es «Saludtiano»! Y si no me crees vete a preguntárselo a Pepe, el que tiene un quiosco en el parque.

El viejo vio que yo me mantenía firme en mi decisión, así que no insistió, aunque todavía tuvo tiempo para añadir, por cierto, bastante contrariado:

—¡Qué niño más tozudo!, ¿acaso vas a saber tú mejor que yo cómo me llamo?, pero bueno, ya veo que no vas a cambiar de idea, y no quiero seguir oyendo como me llamas Saludtiano. A partir de ahora, cuando te dirijas a mí, quiero que me digas Tano, que es como me llaman mis familiares y amigos. ¿De acuerdo, Patxi?

—Vale, Tano, ¡lo que tú digas! Bueno, me tengo que ir, así que ya nos veremos.

—¡Muy bien, Patxi! Buen chico, ¡hasta otro día!

—¡Adiós, Salud-tano!

—¡MALDITO NIÑO CABEZOTA…!

* * *

El simpático quiosquero, además de periódicos y revistas, vendía todo tipo de chucherías, un amplio catálogo en el que no faltaban barquillos, pipas, chufas, palomitas, caramelos, chicles, regalices, y otras muchas golosinas, para deleitar el siempre predispuesto y exigente paladar infantil. Además, el mío era también insaciable, y reconozco que caprichoso, pues muchas veces lo que siempre me apetecía no era lo que mis padres me habían comprado (además, elegido por mí). Lo que yo quería, era lo que estaban degustando en ese momento otros niños, aunque no fueran mis golosinas preferidas, y es que así era yo en aquellos tiempos: un pequeño salvaje, obstinado y permanentemente insatisfecho.

Complacer mis egoístas deseos era pues mi instante favorito del paseo (y del resto del día); cuando mis padres, muy atentos a mis demandas (y a mis enfados, aunque éstos tenían un límite, que mi padre nunca permitía que pasara de ciertos parámetros que yo advertía, para parar en seco en mi comportamiento de niño insoportable, cuando me dirigía una mirada severa, para ponerme una cara intimidante de sargento de la Legión, y ahí se terminaban mis tonterías… aunque solo por el momento, ya que no era raro que a lo largo del domingo mi padre tuviera que recurrir de nuevo a su expresión amenazante de militar chusquero), me compraban lo que me apetecía degustar en ese momento, pero sin pasarme. Aunque, como dije antes, la compra se repetía para satisfacer mi nuevo deseo, motivado por el Chupa-Chup o el pan de higo que estaba saboreando el niño de al lado.

Me acuerdo del pretencioso Pablito, que siempre me sacaba la lengua o me hacía burla, mientras disfrutaba de sus caprichos de turno en forma de golosinas y dulces, y que además iba al mismo colegio que yo, y por desgracia, también a la misma clase (¡menos mal que no compartíamos pupitre!). Un niño antojadizo (más que yo, lo que ya suponía todo un récord) y repelente, también más que yo, que podía ser demasiado travieso, incluso conflictivo, pero nunca llegué a los niveles de rechazo que Pablito inspiraba en todos sus compañeros,

conmigo al frente, sobre todo por aquellos aires de grandeza que se daba con todos nosotros, para mirarnos por encima del hombro, aunque con los profesores se mostraba siempre empalagosamente educado y servil, lo que en lenguaje coloquial se conocía como ser un pelota, y recuerdo que le cantábamos a coro, algo que le generaba un enfado tremendo, pues se lo repetíamos hasta la saciedad. Decíamos:

"Cuando los profesoras tocan el pito
siempre es el mismo el que bota.
Uno que se llama Pablito.
Más conocido como el pelota".

Y no hace falta decir que, cuanto más se cabreaba, más duraba la canción.

Ser adulador con el profesorado era algo que ayudaba a Pablito a subir sus notas (¡mi hijo siempre tiene unas calificaciones excelentes!, repetía su progenitora doña Enedina, orgullosa de su retoño), aunque lo más importante para que el relamido colegial fuera considerado como un alumno modelo, era la generosa ayuda que, de vez en cuando, su vanidosa madre aportaba al colegio, unas veces para arreglar el suelo del patio y otras porque alguna de las aulas necesitaba una mano de pintura, también para comprar libros y reponer la desabastecida biblioteca, o llevar a los alumnos de excursión. Y para darle a todo ello la publicidad adecuada, ya se encargaba de pregonarlo a los cuatro vientos don Zacarías, el director del colegio: «¡Gracias a la generosidad de doña Enedina…!». Esto, y lo otro, y lo de más allá. Aunque detrás de aquel reiterado agradecimiento estaba lo que se rumoreaba con frecuencia, sobre que el director y la benefactora, además de una buena amistad, también compartían cama (circunstancia, por supuesto, que su marido ignoraba; ya se sabe que, en estos casos, el cornudo, por regla general, es el último en enterarse). Es decir, que estaban liados, algo que yo en aquellos momentos no sabía muy bien

qué significaba, pero que descubrí pocos años después. Al final todo se acaba sabiendo, de la misma manera que también se supo, como más adelante veremos, el origen de la fortuna familiar del indeseable niño.

Pablito era también hijo único, como yo, y por ello odioso en grado sumo, porque los nenes ricos suelen ser más antipáticos que los pobres (en mi caso, más que ser pobre, es que no era rico). Se ve que el dinero les sirve como combustible extra para potenciar su estupidez. Sus padres eran unos ricachones, aunque se comentaba que su fortuna tenía un origen más bien turbio, algo que en aquellos tiempos no se pudo comprobar con certeza, aunque con el paso de los años la suciedad fue saliendo a flote, una vez que el ventilador de la democracia puso al descubierto lo que el polvo de la dictadura tapaba debajo de sus extensas alfombras, que escondían todo tipo de inmoralidades.

Es de sobra conocido por antiguo que el poder tiende siempre a la ocultación de sus inmundicias, sobre todo el que solo tiene la fuerza de la intimidación como principal argumento, y que siempre utiliza el efecto disuasorio del miedo como herramienta preferida para potenciar el silencio.

Al final todo salió a la luz pública, y se pudo averiguar que la procedencia de los bienes que en el futuro iba a heredar el déspota Pablito, tenían su origen en patrimonios confiscados ilegalmente a los perdedores de la Guerra Civil. Era bien sabido que su abuelo materno había ocupado cargos políticos muy importantes, en el bando de los que habían ganado el conflicto bélico. Así pues, se benefició como tantos otros, que se aprovecharon de su poderosa posición, de los bienes robados por los ganadores en forma de tierras, edificios, y, en algunos casos, también, de joyas obras de arte y otra serie de objetos de valor sustraídos al amparo de una legalidad impuesta a garrotazos, contra los derrotados y contra todos aquellos que no comulgaban con las ideas del régimen fascista, y que convirtió a muchos de los serviles y adictos a la causa en auténticas aves de rapiña. Y esto le permitió al abuelo facha mencionado engrandecer el patrimonio (que ya era

importante) de la familia de mi compañero de clase (muy a mi pesar, ya que siempre sentí un profundo desprecio por cierto tipo de comportamientos, y por desgracia a lo largo de mi vida he conocido a unos cuantos Pablitos). Algo parecido a lo que los nazis hicieron con los judíos, aunque en este caso el saqueo de aquellos fanáticos malnacidos fue a una escala mucho mayor, en cuanto a la magnitud de sus horripilantes crímenes. Está claro que, al final, la historia pone a cada cual en su sitio, para que la impunidad no pueda nunca campear a sus anchas en las enormes praderas del tiempo.

Quizá no debería seguir hablando tanto de Pablito, aunque para bien o para mal su recuerdo forma parte de mi infancia, aunque no tuviésemos nada en común, y es que a veces uno encuentra en el carrete del ayer un hilo del que comienza a tirar, y no para hasta que se desenrolla por completo, por eso sigo…

El nombre se lo había puesto su madre por el actor Pablito Calvo, que fue un niño de rostro angelical que se hizo muy popular en los años cincuenta (al interpretar la famosa película *Marcelino, pan y vino* (1955), dirigida por Ladislao Vajda, que fue uno de los mayores éxitos en la historia del cine español, tanto de público como de crítica), aunque su hijo no se parecía para nada al Pablito actor, pues su idolatrado vástago no tenía nada de ángel y sí bastante de demonio. Además, como de casta le viene al galgo, también había heredado la fealdad de sus progenitores (es decir, que iba bien servido a nivel pernicioso de una completa carga física y personal, y claro, ¡así había salido el muchacho!), y para ser justos, hay que reconocer que con aquel lastre genético que arrastraba, no toda la culpa de ser como era la tenía él.

Sus padres no eran nada agraciados físicamente. En la vida no se puede tener todo, y quizá para equilibrar la balanza ellos eran ricos y feos en vez de pobres y guapos, aunque sabiendo cómo se enriquecieron, lo que merecían de verdad era ser pobres y feos (o mejor, muy feos). Ella, como ya dije, se llamaba Enedina (con el doña por delante para la mayoría, y Dina para su exclusivo círculo social y en

la intimidad), y era fuerte, gorda, con cara mofletuda, que le daba un aspecto de muñeca pepona y con unos ojos saltones, que como mínimo intimidaba, con su sola presencia y sin necesidad de abrir la boca (cuando lo hacía, metía aún más miedo), y por si eso fuera poco, era muy alta, sin lugar a dudas, daba el tipo perfecto para haberse dedicado a la lucha libre, incluso masculina. Su marido en cambio, no tenía como se suele decir, ni *media hostia*, también estaba obeso, pero a diferencia de su mujer, era bajito, medio calvo, y se veía a la legua, que él no era quien llevaba los pantalones en casa. Para todos era don Liborio, y Libi, solo para su mujer, que lo llamaba así cuando y donde le daba la gana, con o sin gente delante, y que lo trataba prácticamente como a su perrito faldero (sin duda era la jefa; su doble posición de poder le daba el rango para serlo: por un lado, era la dueña de las *perras* y su apabullante superioridad física, eran el mejor argumento para achantar a alguien tan sumiso y blandengue como Libi (¡perdón, quería decir don Liborio!).

Así que el retrato (según mi desmelenada imaginación infantil) que describía con exactitud a la acaudalada e insoportable familia, era una especie de mamá gorila y un papá orangután, con un hijo chimpancé, porque Pablo Chamorro Saldaña, alias Pablito (nunca supe el origen de aquellos apellidos, que a mí me sonaban muy raro, y para burlarme de él, los transformaba en Caramorro Sandalia, aunque el aludido respondía haciendo lo propio con mi primer apellido, y contraatacaba con un Arizaga Carabraga, así que muy pronto aprendí, que donde las dan, las toman), además de feo, era muy peludo, y a pesar de que tenía la misma edad que yo, ya le había salido la pelusilla del bigote, que le dejaba una sombra por encima del labio, para potenciar su aspecto de un Hitler en tamaño miniatura, convertido en un aprendiz de tirano, y con unos padres que le consentían todo tipo de caprichos y comportamientos que eran realmente inaceptables, jaleados por ese lema que dice «dónde pago, cago», muy propio de la desmesurada soberbia que provoca la opulencia excesiva. Aunque ya se sabe, «que el dinero no da la felicidad (aunque ayude)», y mucho

menos la belleza (aunque colabore, en forma de cirugía estética, no apta para bolsillos con telarañas), por eso, aunque Pablito y su familia tenían dinero para empapelar con billetes toda su casa (un chalet de tres pisos, con piscina incluida) varias veces, formaban una auténtica familia de *primates*, eso no era ningún delito (excepto para la vista), pero como personas dejaban mucho que desear, aunque su elevada posición económica les había hecho subir, de dos en dos, los peldaños en la escala de valores de una sociedad tradicional y carca, pues era muy típico de la época mezclar el nivel económico con la categoría social; ya se sabe que en un mundo en el que todo se mueve a base de dinero, eso de «tanto tienes, tanto vales», tiene un poder enorme, y ahora sigue siendo igual, aunque cierto tipo de apariencias, antes sublimadas hasta la exageración, en la actualidad se han quedado desfasadas, y han pasado, por fortuna, al departamento del ostracismo más implacable, donde es de desear que sigan para siempre.

La exuberancia patrimonial de los Chamorro Saldaña les hacía tratar al prójimo con desprecio y prepotencia, incluida a mi familia, y especialmente a mí; la *gord*a llegó a decir en una reunión de padres del colegio que yo era una mala influencia para su hijo, y se refería a mí como Arizaga el Retorcido, solo le faltó añadir además Carabraga, aunque mi madre, que no se callaba cuando se trataba de defenderme, ¡menuda era si alguien se atrevía a meterse con su hijo!, la puso en su sitio rápidamente, dejándola en ridículo (¡Señora: lo que tenía usted que hacer era preocuparse más por educar mejor al suyo, porque es insoportable!, lo que provocó un cerrado aplauso de otras madres de alumnos que se encontraban allí en aquel momento, y algo que sin duda a doña Enedina, que era tan déspota y arrogante, le sentó como un tiro), cuando *la mujer simio* insistió en seguir ensañándose conmigo, incluso se inventó la mentira de que yo le había pegado a su *monstruito,* algo que era totalmente falso, aunque he de reconocer, que si no le pegué, no fue por falta de ganas (más bien, por temor a las represalias de don Zacarías, que ejercía de protector del redicho nene, sin duda una de las obligaciones adquiridas, por *beneficiarse* a

su señora madre), y es que yo, a pesar de que tan solo era un niño, con una presencia física más bien enclenque, era combativo, y siempre daba la cara cuando alguien me provocaba, y con más motivo, si el pendenciero era de mi misma edad. En fin, historias de la infancia que ahora sin duda me provocan risa.

Recuerdo que mi madre, no ponía muy buena cara, cuando le daba rienda suelta a mi afán devorador de chucherías y me decidía por el regaliz, sobre todo el duro, tanto que no se podía morder, y había que chuparlo hasta la extenuación, y eso me dejaba la dentadura completamente negra, como si en vez de zamparme una golosina, me hubiera comido un pedazo de turrón en el que la materia prima en forma de almendra hubiese sido reemplazada por carbón. Pero lo que más me gustaba, y nunca pasaba por alto, era la compra de una deliciosa chocolatina Crunch, de Nestlé, que además de satisfacer mi necesidad diaria de chocolate, me aportaba un placer extra, pues al morderla disfrutaba con el crujido (de ahí su nombre) que producía triturar el arroz inflado que era uno de los componentes utilizados para su elaboración. Aunque mi madre no me permitía hincarle el diente hasta después del almuerzo, y me decía que la dejara para comerla como postre, porque si lo hacía antes, eso me quitaba el apetito (teniendo en cuenta de que ya me había metido en el estómago la ración correspondiente de golosinas del día), y como siempre, ¡mamá tenía razón!, ya que los domingos el menú era invariable, y preparaba una deliciosa paella (era una cocinera de lujo), que a mi padre le gustaba mucho, pero a mí me entusiasmaba, así que, era una lástima no disfrutar al máximo de aquel plato por comer una chocolatina, que, por supuesto, devoraba después de haber disfrutado una vez más de la especialidad por excelencia de la cocina valenciana, porque para el chocolate siempre había sitio libre en el estómago, por lo menos en el mío.

Y continuando con el recuerdo de aquel tiempo, que jamás volverá, los agradables paseos dominicales, seguían después de

despedirme de Pepe (al que yo veneraba como si fuera un héroe, y a quien tenía a la misma altura que cualquier personaje que aparecía en los cuentos y tebeos que leía), y caminaba con mis padres, yo en el medio teniendo a cada uno a mi lado para cogerlos de la mano, posición que aprovechaba para elevar los pies del suelo, y de esa forma, tratar de columpiarme, ejerciendo como niño saltimbanqui, mientras los adultos tiraban de mis brazos hacia arriba para facilitar la acrobacia, aunque mi padre no dejaba de repetir la misma letanía: «¡Niño, descansa un poco, que vas a agotar a tu madre!», aunque ella tenía mucho más aguante, pero era una forma de disimular para no reconocer que quien se cansaba antes era él y no ella, y he de reconocer como ya dije, que en aquel tiempo yo era muy inquieto, y en ocasiones tan nervioso y enérgico, que me movía con tanta agitación como si hubiera recibido un calambrazo después de haber metido los dedos en un enchufe (a esa edad, el niño que no desborda dinamismo por todos los poros de su piel es que está enfermo o sufre un ataque agudo de melancolía), y muchas veces me convertía en una criatura absolutamente agotadora (aunque me temo que como adulto, soy muy parecido, pero por otras razones, que tienen que ver más con la actividad mental de una agitada vida interior que con la física, si bien en esta también me muestro bastante laborioso).

Aunque en la actitud de mi padre había algo que no era cuestión de falta de energía por su parte, y sí de paciencia, algo que mi madre tenía en cantidades industriales, sobre todo para aguantar a un diminuto diablo que se movía al ritmo irritante de una inquieta mosca, sin embargo, mi padre tenía muy buenas cualidades, pero entre ellas, y con total seguridad, no se encontraba la de ser una persona paciente, algo que para determinadas cosas (como por ejemplo aguantar a personas que son demasiado *pesadas*, y no precisamente por su exceso de kilos), he heredado.

He de decir que en el recuerdo de las imágenes que tengo guardadas en mi retina en cuanto a los paseos, estos siempre son en otoño, y me veo caminando a través de una larga alameda, alfombra-

da con la anarquía propia de las veleidades del clima, y tejida con una incalculable cantidad de hojas secas, de variopinta presencia, que al pisarlas me producían un sencillo divertimento en forma de crujido, pues cuando mis pies las aplastaban, el ruido era algo muy parecido al que emitía la deliciosa Crunch entre mis dientes.

Estaba claro que el otoño se había apoderado del parque, y los árboles ofrecían su típico aspecto multicolor de la época, aunque la llegada más temprano que tarde del invierno, borraría aquel llamativo colorido, que iba a desparecer en pocas semanas, pero mientras eso no sucediera, había que aprovechar el momento para disfrutar de ello, ya que era un deleite para la vista. Y aunque yo todavía era demasiado pequeño para saber apreciar cosas más propias de otras edades, tenía la capacidad suficiente para valorar las bondades de la naturaleza, y eso me hacía ser un auténtico privilegiado, y aunque quizá pueda dar la sensación de ser un poco engreído, creo que también fui un adelantado al tener un talento especial (¡me cuelgo la medalla!) para captar la sensibilidad que me transmitía aquel entorno natural lleno de vida.

La llegada de la estación del frío estaba próxima; en breve el invierno llamaría a la puerta, y eso era inevitable. Las bajas temperaturas volverían acompañadas del viento fuerte del norte, que como siempre enrabietado, iba a soplar con fuerza y sin piedad sobre los indefensos árboles, hasta arrancarles de cuajo las últimas hojas que les quedaban en sus ramas, y dejarlos desprotegidos de su ropaje natural para que se quedasen completamente desnudos. Pero de momento, hasta que eso sucediera, yo seguía disfrutando al máximo de mis paseos dominicales, aunque por desgracia, en aquellos momentos impagables de inocente felicidad, jamás podía haber llegado a pensar que la tragedia estaba a la vuelta de la esquina, para darle un vuelco tremendo a mi vida y golpearme en el sitio que más daño me podía hacer.

El aprendizaje adquirido en aquellos momentos, me enseñó algo inolvidable, pues ahí comencé a darme cuenta de que la existencia es una especie de ciclo que se repite en diversas etapas, que se van, para

volver de nuevo. Lo mismo que hay día y noche, y de nuevo vuelve el día y así sucesivamente, o que para disfrutar de las tan deseadas vacaciones cuando uno va al colegio, antes tiene que pasar un curso entero asistiendo a las clases. Sin embargo y por desgracia, porque lo tuve que sufrir en carne propia, hay un ciclo que no se repite, que no vuelve, que es el de la vida que te da el aire que respiras (aunque quizá los budistas estén en lo cierto y la reencarnación sea algo real) y eso lo pude comprobar con la muerte de mis padres, cuando al principio, en mi ingenuidad infantil, me negaba a admitir que los había perdido para siempre, y rezaba un día y otro, para pedirle a Dios que me los devolviera, pero el Todopoderoso Señor, no me escuchó, y a partir de ahí perdí la comunicación con él, y ya no volví a rezar en mucho tiempo.

Siempre pienso, que esa evocación del otoño, es la causa de que sea mi estación del año preferida, aunque eso vaya asociado muchas veces a un pasado que me entristece, pues me resulta inevitable, que la prematura pérdida de mis seres más queridos, se asome de nuevo a mi vida, aunque para equilibrar la balanza emocional, la época otoñal, también me aporta un chute extra de paz interior. En fin, sensaciones que uno experimenta en la soledad y el recogimiento de su mundo íntimo, y que muchas veces no tienen una explicación lógica, aunque en ocasiones lo que nos parece que es lo más racional, resulta ser lo más absurdo.

Es evidente, que cuando alguien pierde a sus padres en la etapa de su vida que más los necesita, sufre una especie de conmoción que le rompe los esquemas, y eso influye poderosamente en lo que sigue a continuación, hasta que la normalidad apoyada en el poder cicatrizante del tiempo, cauteriza las heridas, aunque la huella del daño permanece siempre a la vista, y quizá lo mejor, aunque uno sepa que tiene la marca del dolor clavada en su corazón, es no mirar para ella, salvo que uno se empeñe, con disciplina masoquista, en sufrir innecesariamente, dejando que el dolor del ayer se convierta en un permanente y a la vez indeseado compañero (cada vez más dañino,

cuando le va quitando espacio al bienestar anímico) durante todo el viaje de la existencia.

Durante un tiempo (alrededor de un año, o un poco más), mi rendimiento escolar no fue el habitual, algo que mis profesores consideraron que era lo normal en esos casos, ya que después del tremendo trauma sufrido, nada tenía de extraño que el estado emocional de una persona (y más, todavía era un niño), sufriera las consecuencias de una tragedia familiar tan devastadora.

Más adelante, las cosas fueron poco a poco volviendo a su sitio natural, pues la capacidad de autocuración del cuerpo humano, a todos los niveles, puede llegar a ser realmente asombrosa y a la vez efectiva, para continuar el camino que a uno le toca seguir, y que no tiene más remedio que recorrer, ya que parar, supone rendirse, «arrojar la toalla», y eso no puede ser nunca una opción válida. La vida es movimiento, la inmovilidad lleva al desastre, y de ahí a morirse (aunque uno siga respirando, espiritualmente está muerto), hay tan solo un pequeño paso.

La vida es como un rompecabezas que un día y sin que uno se lo espere, te golpea con crueldad, dejando tu feliz existencia rota en mil pedazos, para luego con el tiempo, lentamente, volver a recomponerla pieza a pieza con enorme paciencia porque todos los trozos han quedado desperdigados, incluso en fragmentos tan pequeños, que parece imposible volver a unirlos de nuevo; sin embargo, al final el objetivo se logra cuando todos los elementos se juntan otra vez, e incluso a partir de ese instante, la solidez del pegamento que suelda todas las roturas es mucho más resistente para que la unión de todos ellos sea mucho más duradera.

Lo que no te mata, te hace más fuerte
Friedrich Nietzsche

Sigues hacia adelante, pero las cosas han cambiado. La vida ya no es lo que era, pero el futuro está por escribir, y buscas tu camino,

tratando de acertar para encontrar la mejor dirección posible. Hubo un antes, pero ahora hay un después que es el que importa, y aunque en esencia eres la misma persona, te sientes diferente. Es el precio de vivir una experiencia traumática, que te cambia, para mejor o en sentido negativo, todo depende de la forma de ser de cada persona, aunque hay otras situaciones que se escapan al control de la lógica, por eso nunca se sabe a ciencia cierta, lo que el futuro nos depara a los seres humanos, por mucho que haya quienes intentan ser previsores, y planifican obsesivamente un mañana, que muchas veces no existe, o se presenta completamente distinto al imaginado.

Se vive, se camina, siempre hacia adelante con entusiasmo, y si uno se detiene, que sea tan solo un momento insignificante para tomar un poco de aire que permita continuar el recorrido vital, y a partir de ahí se va viendo lo que sucede y sacando conclusiones de todo ello. Las preguntas que la existencia plantea, se van respondiendo, aunque no todas, ya que muchas no tienen respuesta, y si la tienen, a veces, tardan mucho tiempo en encontrarse.

En mi caso, las soluciones a mis interrogantes eran aquellas que tenían como objetivo evitarme una especie de caída libre hacia un pozo negro, a un lugar nunca deseado, pues una vez ahí, cuesta demasiado trabajo salir. Un sitio frío y oscuro en el que habitan tus propios fantasmas emocionales, que van apareciendo a medida que uno va cumpliendo años y vive toda clase de experiencias. Aunque también es cierto que hay otro tipo de fantasmas ajenos, y reales, que viven próximos, que te los cruzas por la calle, trabajan cerca de ti, incluso codo con codo, o también te los encuentras en algunas fiestas familiares, y por supuesto, en celebraciones con amigos y conocidos, y que jamás son una buena compañía, porque nunca lo es estar junto a quienes son incapaces de dar la cara, porque la llevan tapada con la tramposa sábana blanca, color que significa pureza, y por eso sería más apropiado que el embozo utilizado como envoltorio del disimulo fuera de color negro, un tono más propio para lo misterioso y lo oscuro, y de todo lo que se aleja de la claridad de la

luz, y por lo tanto de la verdad, y que esconde la negrura en forma de hipocresía y maldad.

Los cambios que fui experimentando a medida que me iba haciendo adulto, fueron a todos los niveles, los propios de cualquier ser humano que va dejando atrás su infancia y adolescencia, aunque en mi caso, la desgracia vivida, me pilló en un momento clave de mi crecimiento emocional, y pasé de ser un niño estudioso, con unas enormes ganas de aprender, pues estaba lleno de curiosidad por todo lo que me rodeaba, además de ser muy comunicativo, a convertirme en un adolescente inconstante en el estudio, más silencioso y ausente, que pasaba mucho tiempo en Babia, que era lo que solían decirme mis maestros, aunque, simplemente, lo que estaba haciendo, era soñar, buscando un refugio seguro en mi fantástico mundo interior, en el que me sentía muy tranquilo, y sobre todo, a salvo de la despiadada realidad, que muchas veces se me hacía insoportable.

Mi fantasía era una especie de saco enorme, en el que se mezclaban todo tipo de juegos mentales que alimentaban un continuo entrenamiento para que mi cabeza estuviese siempre entretenida, aunque era inevitable, que por la rendija de lo fantástico, también se colaran todo tipo de fobias, supersticiones y pequeñas excentricidades, que con el tiempo fueron desapareciendo (la verdad, es que mientras unas se esfumaron, otras aparecieron), aunque por suerte, mi capacidad para la fabulación siempre me ha acompañado, y ahí sigo, creando mundos imaginarios y otros inventos que me permiten exprimir la salvadora entelequia, para que me proteja de la crudeza existencial.

Recuerdo algunos de aquellos pasatiempos inventados que me hicieron la infancia más agradable, y sobre todo menos aburrida, como cuando me dio por inventar nombres formados por partes de otros, y así surgieron: *Ricarlos* (Ricardo y Carlos), *Daniceto* (Daniel y Aniceto), *Ramonel* (Ramón y Manuel), *Santiberto* (Santiago y Alberto), *Diegodo* (Diego y Godofredo), *Maurober* (Mauro y Roberto), *Remicisco* (Remigio y Francisco), eso para los hombres, aunque ellas,

tampoco se libraron y así surgieron *Aitagore* (Aitana y Nagore), *Rosara* (Rosa y Sara), *Dulcinor* (Dulcinea y Nora), y un sinfín de nombres absurdos más, con los que bautizaba a todas las personas de mi entorno, sin importarme para nada cuál fuera su nombre verdadero.

La siguiente ocurrencia relacionada con la invención de nombres fue la de que estos fueran cuanto más raros, mejor, y así surgieron: *Leónforo, Arcofredo, Cayelino, Federancio, Fulvilino, Martinicio, Nelidacia, Genotrilla, Magdaselva…* Y vuelta a bautizar otra vez a familiares, amigos y conocidos, aunque primero había que despojarlos del nombre anterior. Pero el asunto no acababa ahí, pues después de dejar a un lado los nombres, me dio por las palabras inventadas con su propio significado, y en mi particular diccionario fueron apareciendo: *Cabezurro* (que era una mezcla de cabeza y burro, y me servía para definir a las personas cabezonas, por ser tercas como burros, y no por el tamaño de su molondra). *Gordofante* (que salía de gordo y elefante, y con ella llamaba a todos aquellos individuos cuya barriga alcanzaba una dimensión fuera de lo normal, que yo comparaba por su tamaño con la de cualquier miembro de la familia de los paquidermos). *Nenebundo* (el cóctel en esta ocasión estaba formado por nene y nauseabundo, el mejor nombre que encontré para definir lo que era un niño repulsivo, evidentemente, cuando se me ocurrió estaba pensando en Pablito, no podía ser de otra forma), también surgieron otras palabras que me sonaban bien, o que simplemente me gustaba pronunciar sin ton ni son, y que no tenían ningún significado concreto, o tan solo el que yo quería darle en el mismo instante que vocalizaba el término (generalmente solía utilizarlas en momentos de contrariedad y enfado), y en este grupo se incluían: *Garracuajo. Jocanudo. Licofondrio. Marisoplo. Terimoño. Mondagajo. Bocaburdo. Periñón. Cortabufo. Requebeco. Olijastro…*

Cuando me cansé, dejé de utilizar todos aquellos nombres y palabras, y durante una temporada tan solo empleaba lo que yo denominaba palabras *mágicas*, que había aprendido en libros que contaban historias de aventuras medievales fantásticas (toda una

ensalada mixta de luchas, traiciones y amores feudales, en la que se mezclaban señores y vasallos, caballeros y princesas, reyes destronados y usurpadores reales, magos y dragones, brujas y hechizos, aderezados con misterios y leyendas; sin duda alguna, toda una serie de ingredientes imprescindibles, para lograr mantener la inestable atención de un niño inquieto como yo, para darle tiempo a finalizar la lectura, sin dejar el libro abandonado en la mitad de la trama), que se repetían con frecuencia, y que durante mucho tiempo fueron mis favoritas, de tal forma, que no leía otra clase de géneros literarios (creo que esto, si mal no recuerdo, duró casi dos años), así que mis vocablos de magia elegidos (los pronunciaba sobre todo cuando me sentía asustado o cuando deseaba tener suerte en algo que quería conseguir) fueron *abracadabra y birlibirloque*, aunque voceaba las dos seguidas como si fueran una sola, pensando que de esta forma potenciaba al máximo sus positivos efectos mágicos:

¡ABRACADABRABIRLIBIRLOQUE!

Hasta que poco a poco, y de tanto repetir aquello, me fui cansando (casi siempre me hastiaba pronto de mis inventos, algo que era sin duda beneficioso para que mi capacidad creativa siguiera a pleno rendimiento), y reduje el término a algo más simple como: ¡CADABRABIRLOQUE!, que siguió en un inevitable proceso de menguado (algo parecido a un globo que va perdiendo aire, hasta quedar reducido a un ridículo trozo de caucho arrugado), y así quedó en algo tan patético llamado ¡BRALOQUE!, y de ahí al cementerio de las palabras de letras perdidas, tan solo hubo un pequeño paso.

Como ya dije, en mi hiperactivo cerebro infantil también había sitio para unas cuantas fobias, que yo iba reuniendo como quien colecciona cromos de fútbol. ¡Menos mal que no me quedaba con todas a la vez!, ya que mientras iban apareciendo unas nuevas, otras se iban por el mismo camino que llegaron.

Y así eran algunas de aquellas manías que en muchas ocasiones solían producirme cierto canguelo, aunque probablemente, eran

cosas absurdas, y quizá si en aquel momento me hubiese visto un psicólogo, lo más probable es que tuviera una explicación relacionada con aquellos agitados pensamientos, pero en aquel tiempo, cualquier problema relacionado con la salud, aunque fuera la emocional, y más si se trataba de un niño, se solucionaba con una visita al médico de cabecera, que no le dio ninguna importancia a mis fobias, y dijo que eran cosas propias de la edad, y además en mi caso, se potenciaban porque era un niño con demasiada imaginación, y ahí se quedó el asunto, pero la cosa no debía de ser nada grave, pues ahora de adulto, la cabeza me funciona a la perfección, y como tampoco he acabado (de momento), en un centro psiquiátrico, quiere decir, que el médico que me vio, no estaba equivocado, o quizá acertó de casualidad, aunque eso nunca lo sabré. Así que todo aquello se quedó en una simple anécdota, es decir, todo lo que me pasaba por la cabeza, como que el fontanero que habitualmente venía a casa cuando había alguna avería, quería secuestrarme, que si me mordía un perro salchicha me iba a quedar cara de pan de leña, que si me ponían un cero en un examen me iban a expulsar del colegio, que si me hacían recitar un poesía en clase me iba a salir voz de niña, que si un rayo me partiera en dos, una mitad de mí, se iba a convertir en murciélago, que si el agua de la bañera estaba demasiado caliente iba a aparecer una piraña cuando me estuviera bañando, o que nunca quería comer sopa de fideos, porque estos se transformaban en gusanos cuando con la cuchara me los llevaba a la boca… Y la cosa no acababa ahí, pues también había que tener en cuenta que era adicto a las supersticiones, así que, como podrás ver, querido lector, era un niño de lo más *completito* en cuanto a que mi imaginación pudiera llegar a generarme cierto empacho cerebral, incluso mucho más que si me hubiese comido un pastel gigante relleno de crema y cubierto con una capa extra de merengue, pero mis supersticiones, a diferencia de las manías, eran más clásicas, y todas con el objetivo de no atraer o espantar la mala suerte, según los casos. Así que siempre hacía todo lo posible para:

F2a
LIBROS
FRAN LAVIADA
www.franlaviada.com